

## **¿Qué significa una presidenta mujer socialista en Chile?**

Nelly Richard

**¿**Cuáles son los efectos —políticos, sociales, culturales— que se pueden esperar de que sea una mujer socialista la que ocupa el cargo de presidenta de la república? ¿Puede ser esta la señal de algún cambio —simbólico-cultural— que transforme el ejercicio de la política (dominantemente masculino), para impulsar nuevas formas de subjetividad social en un trayecto múltiple de profundización y radicalización de la democracia en Chile?

### **Mujer, política, género y poder**

Desde el mismo día en que fue nombrada Michelle Bachelet como presidenta electa, comenzaron a notarse ciertos aires de cambio. Una multitud vibrante de mujeres salió a la calle para celebrar el resultado de estas elecciones como un merecido triunfo colectivo del género, repolitizando espontáneamente el más público de todos los espacios: la ciudad. Que mujeres de todas las procedencias se traspasaran la banda presidencial —que se vendía masivamente “a luca”— concretó la ilusión de que “todas íbamos a ser reinas” en un nuevo registro ciudadano, festivo y paródico que diseminó el poder según un principio de horizontalidad compartida.

Pero lo más contundente de la instalación de Michelle Bachelet como presidenta ha sido la defensa y aplicación de un sistema paritario, es decir, de un sistema que garantiza la igualdad de representación numérica para las mujeres y los hombres dentro de los aparatos de decisión pública. Estas medidas de “discriminación positiva” han sido ya largamente discutidas en más de un país. Varios/as defienden lo paritario estimando que las injusticias —materiales y simbólicas— que afectan a las mujeres en su condición de subordinadas sólo pueden ser reparadas haciendo operar una fuerza de la ley que doblegue el poder. Sin este forzamiento que impone el equilibrio antes negado por las asimetrías de género, el poder seguiría marginando y opacando a las mujeres. Además, la apertura de cupos reservados para

las mujeres tendría la ventaja de impulsar una vocación política que se ve generalmente inhibida por la falta de oportunidades dentro de los partidos y en la política. Pero nada es tan fácil. No es lo mismo “presencia” (más mujeres desempeñando roles de autoridad) que “valor” (el reconocimiento social de que la autoridad de las mujeres vale lo mismo que la de los hombres). Para que el sistema paritario implique una real democratización de las relaciones de poder entre géneros, hace falta que la dominante masculina deje de monopolizar los criterios de legitimidad y prestigio simbólicos que les otorgan reconocimiento social a ciertas voces y no a otras —y esto es materia de una profunda (y lenta) transformación cultural.

Que más mujeres se inserten en los aparatos públicos no altera necesariamente la simbólica del poder dominante. Se da el caso de mujeres que, al sumarse al juego institucional de la política, o bien se mimetizan inconscientemente con su retórica establecida dejando así intocada la organización masculina o bien, al verse finalmente recompensadas con una inclusión en los poderes centrales, ya no tienen interés en desafiar las reglas que ahora las benefician. Lo paritario no es una solución a toda prueba y su aporte a la democracia participativa requiere de gestos dobles, desdoblados, que alternen hábilmente el *particularismo de la diferencia* (ser mujer y acceder al poder desde la reconocida especificidad de esta condición genérico-sexual) con el *universalismo de la igualdad* (defender una variedad de puntos de vista que excedan los intereses de género de la comunidad de las mujeres para representar a la ciudadanía en su generalidad). Sin embargo, pese a sus limitaciones y complicaciones, lo paritario tiene el mérito de producir un alto contraste en la visualización del poder como algo monótonamente asociado a lo masculino. La modificación —incluso escénica— de las condiciones de ejercicio del poder que simboliza la presencia femenina en el primer gabinete de Michelle Bachelet, hace que la sociedad se pregunte ahora por qué antes se considerada como normal la aparición disminuida de las mujeres en ese reparto de autoridad. Al visibilizar lo que antes permanecía invisible, lo paritario lleva la sistematicidad del poder (masculina) a tener que confesar indirectamente sus pactos de exclusión oculta.

Pero insistamos en que no basta con “ser mujer” —con pertenecer al grupo social (discriminado) de las mujeres— para generar los efectos de transformación crítica que se espera de una “conciencia de género”. Llamamos “conciencia de género” al reconocimiento de que lo masculino y lo femenino no son esencias naturales, sino categorías socialmente construidas a partir de un discurso de jerarquía y desigualdad que subordina lo

femenino a lo masculino. El solo hecho de “ser mujer” no garantiza que exista tal reconocimiento de la desigualdad sexual. Muchas mujeres asumen lo “femenino” como el complemento feliz de lo “masculino”, según la armoniosa simetría de una ley de la naturaleza cuya complementariedad (razón y sensibilidad, abstracción y concreción, etc. ) no debe ser alterada. Pocas mujeres entienden, además, que la categoría universal del “género humano” que la tradición republicana erige en paradigma —supuestamente neutro e imparcial— de la ciudadanía, descansa en mecanismos de codificación masculina del mundo público. Estos mecanismos privilegian lo masculino como representante de *la exterioridad de lo público* (historia y sociedad), mientras que le reservan a la mujer *la interioridad de lo privado* (familia y hogar) como espacios invisibles de realización personal.

Justamente porque la relación entre mujer y política, entre género y poder es una relación analíticamente compleja, su densidad conceptual no puede quedar reducida a la simple exclamación “mujeril” —por entusiasta que sea— que comenzó a propagarse el mismo día de la elección de Michelle Bachelet para celebrar a “las mujeres en el poder”. Basado en el determinismo biológico del cuerpo femenino como modelo originario de una sensibilidad y una cultura aparte, el discurso “mujeril” idealiza lo femenino y deriva de las condiciones “naturales” de la mujer (dulzura, comprensión, afectividad, es decir, *maternalidad*) su capacidad de transformar el poder: de “feminizarlo” y “maternalizarlo”. Sin saberlo, este discurso “mujeril” reproduce el orden conservador de la cultura dominante que se vale de las diferencias biológico-sexuales entre mujeres y hombres para argumentar la separación entre naturaleza y cultura, reproducción y producción, familia y estado, etc.; una separación cuyo trasfondo civilizatorio eleva lo masculino a un rango superior mientras rebaja a lo femenino. Este discurso “mujeril” reconfirma, en lugar de subvertirla, aquella separación desde siempre culpable de confinar a la mujer al mundo subjetivo de los afectos y los sentimientos mientras que destina a los hombres al mundo objetivo de lo histórico y lo social.

Sólo la “conciencia de género”, fortalecida críticamente por los avances teóricos del feminismo, permite desnaturalizar las identidades sexuales y problematizar sus relaciones de poder y género. (Es de esperar que el Sernam se encargue, en el próximo gobierno, de sacar el tema de la mujer del exclusivo marco de la familia en el que la democracia cristiana tiende a encerrarlo, para que el instrumento crítico de la “conciencia de género” amplíe sus cuestionamientos ideológico-sexuales al conjunto de las relaciones sociales.)

### ¿Cómo renovar los imaginarios sociales de la democracia?

La teoría y la crítica feministas han realizado valiosos esfuerzos para dialogar con la izquierda en Chile, sobre todo en los tiempos en que Julieta Kirkwood —desde su trabajo de investigadora social en FLACSO— desplegaba su rigor y creatividad para interpelar el proyecto de la renovación socialista que se diseñó a fines de la dictadura. Gracias a J. Kirkwood y a quienes se incorporaron a los movimientos de mujeres en la década de los ochenta, el feminismo se cruzó polémicamente con el debate teórico-político de la izquierda sobre redemocratización en Chile. Luego cambiaron las cosas. El feminismo —como movimiento social— abandonó sus impulsos contestatarios y, además, la crítica feminista perdió vigor intelectual. Por su lado, las fuerzas progresistas se enriearon en un modo de hacer política que sólo consiste en negociación y gestión, según una lógica pragmática de simple administración del orden. La mayor visibilidad pública que cobran hoy en Chile los signos “mujer” y “género” nos invita a retomar el hilo —lamentablemente interrumpido— de este debate que nos lleva a reflexionar sobre cómo descentrar las representaciones autocentradas del poder.

Le cuesta mucho al pensamiento de izquierda, volcado hacia una representación todavía ortodoxa del poder y una visión rígida de sus antagonismos, tomar en serio la simbolicidad de lo cultural como una clave de renovación de los imaginarios sociales hoy tan desgastados. Sin embargo, es en el terreno de lo simbólico-cultural (discursos, valores, creencias, mitos, ideologías, etc.) donde corresponde situar parte importante de la pregunta por las rupturas que podría introducir el gobierno de Bachelet en Chile. Es reduccionista la mirada de aquellos círculos políticos que pretenden juzgar los significados de esta elección de Bachelet —o bien fomentar expectativas en torno a su gobierno— sólo midiendo sus posibles éxitos en términos macrosociales. La mirada simbólico-cultural nos permite apreciar cambios de mayor transversalidad justamente porque sus irradiaciones en la sociedad, al ser más difusas y ramificadas, impregnan el sentido común. Por ejemplo, no debe perderse de vista el modo en que la imagen de mujer sola (separada y jefa de hogar) y el rol femenino de fortaleza e independencia que proyecta esta imagen de Michelle Bachelet ahora magnificada por la asunción del poder, altera la iconografía familiarista —ligada al mito de la pareja— que cultiva la moral tradicional. Si la opinión masculina insiste tanto en caracterizar el estilo de M. Bachelet como “acogedor” (con su connotación materna), es para conjurar —con una marca tranquilizadora— la incomodidad y

el malestar que provoca esta autonomía femenina en un sitio de poder. Esto quedó de manifiesto cuando Bachelet, en señal de autoridad, se desvinculó expresamente de las redes de poder (masculinas) para resolver el nombramiento de su gabinete bajo la más hermética de las reservas. Las ironías del sentido llevaron Bachelet a valerse de la doble figura del “secreto” —un artificio declaradamente “femenino” que además pertenece a la filosofía del poder— para mantener expectantes y desconcertados, molestos, a los dirigentes de los partidos políticos. Por una vez, se sintieron excluidos de la toma de decisiones quienes se han juntado siempre a puertas cerradas para pactar *entre ellos* la repartición del poder.

La condición de “mujer separada” es uno de los varios segmentos de construcción de identidad que conjuga emblemáticamente la trama biográfica de Bachelet; una trama hecha de militancia socialista, de luchas antidictatoriales, de exilio, de amores contradictorios, de reinserción profesional y desempeños ministeriales, hasta el final alegórico que le hace encabezar a ella, hija de militar torturado, el Ministerio de la Defensa para encarnar así un “fin de la transición” que la democracia de los acuerdos cifró en la figura de la “reconciliación”. La biografía de Michelle Bachelet ha sido capaz de convertir el signo “mujer” en una línea de fuerza que anuda los fragmentos disímiles de una historia política densa y tensa. Las identidades fragmentadas y recompuestas que mezcla su tránsito biográfico, nos sugieren cómo el gobierno de una presidenta socialista podría llevar los flujos de lo múltiple y lo plural a abrir un juego de las diferencias que, sin excluir los conflictos y los antagonismos, extienda la democracia. El signo “mujer” debería servir de pivote simbólico para articular alianzas y coaliciones entre todos aquellos grupos y sujetos que, cualesquiera sean sus redes de pertenencia identitaria, se han sentido injustamente perjudicados por la autoreferencialidad del poder ●